

El problema de las clasificaciones sociales y la vida cotidiana en las perspectivas de Giddens, Bourdieu, Habermas y Luhmann

Bialakowsky, Alejandro (Instituto de Investigaciones Gino Germani, Universidad de Buenos Aires, Conicet)
alejbialakowsk@gmail.com

En el marco del “giro del sentido” propuesto por Giddens, Bourdieu, Habermas y Luhmann, la vida cotidiana se ha vuelto una de las dimensiones claves para conceptualizar el sentido y, con ello, lo social en general. Esto no es nuevo en la teoría sociológica, ya que algunas perspectivas alternativas al “consenso ortodoxo” habían enfatizado esa cuestión, tales como el interaccionismo simbólico o la fenomenología social (Goffman, 1989; Schütz, 1974). Ahora bien, desde distintos puntos de vista, estos cuatro autores realizan su propia relectura de la relación entre vida cotidiana y sentido, que acompaña sus pretensiones de elaborar una teoría unificada de lo social. Así, la vida cotidiana debe poder vincularse a procesos de largo alcance, o abandonarse como dimensión fundamental del análisis sociológico (a la manera de Luhmann).

Para poder elaborar unas teorías unificadas de lo social, Bourdieu, Giddens, Habermas y Luhmann definen al sentido como la condición de posibilidad, emergente y procesual, de lo social, desde los conceptos de “saber mutuo” (Giddens, 1998), “sentido práctico” (Bourdieu, 2007), “mundo de la vida” (Habermas, 2010) y “sentido” (Luhmann, 2007). Ahora bien, tal giro parece escindirse en dos variantes, más allá de las convergencias de sus reflexiones sobre el sentido, por ejemplo, acerca de la centralidad de la temporalidad y la contingencia para su estudio (Bialakowsky, 2014). Estas dos variantes teóricas se distinguirían por la definición de lo social que cada autor reivindica, según el lugar que le otorga o no a la acción en su mirada. A pesar de esa “manifiesta” división entre las cuatro perspectivas, considero que para abordar tales dos variantes teóricas resulta mejor atenernos a las particularidades que adquiere el problema del sentido en estos autores. Para ellos, el sentido no puede observarse de modo directo, ya que se trata de la condición de posibilidad de lo social, a la vez presente y ausente en las agencias (Giddens), en las prácticas (Bourdieu), en las acciones (Habermas), o en las operaciones de comunicación (Luhmann). El sentido sólo toma forma en los “efectos”, es decir, emerge en el despliegue de los procesos sociales mismos, por lo cual no es previo a lo social, ni adopta una definición esencial.

Así, el sentido es, en principio, implícito, dado por sentido, virtual, tácito y sobreentendido. Por ende, para conceptualizarlo, se requiere de una fuerte metaforización que de cuenta de sus

singulares características. Según estas cuatro perspectivas, las metáforas espaciales, “antipositivistas”, de la fenomenología son las más pertinentes para captar sus cualidades (Silber, 1995): el sentido deviene “trasfondo” u “horizonte” de lo social. ¿Qué implican tales imágenes espaciales? Dos rasgos suyos resultan específicos respecto del sentido: por un lado, la imagen paradójica de un espacio sin límites, o de límites muy difusos, irrebasable, del cual no se puede “salir”, pero delimitable a una configuración social determinada; por el otro lado, una inmediatez a la vez presente y ausente, sólo observable en sus “formas”, o como se marcó antes, en los “efectos” de las agencias, prácticas, acciones o comunicaciones, que no son el sentido mismo. Sin embargo, tales metáforas no consiguen responder la pregunta acerca de cómo es posible observar al sentido.

Para ello, al teorizar sobre el sentido, estos autores requieren construir un “espacio” metafórico que les permita observar las cualidades implícitas del sentido de acuerdo a los distintos modos de discurrir de lo social. La vida cotidiana aparece, entonces, como una instancia en donde los contornos particulares del sentido se vuelven más visibles, de manera tal que hay cierta continuidad entre las definiciones del sentido de cada perspectiva y sus maneras de analizar el “día a día” de lo social (Crook, 1998). A pesar de que Luhmann desplaza la vida cotidiana de su foco de estudio, esto no supone el abandono de las metáforas sobre el sentido ni la falta de un espacio metafórico para “localizar” su observación —un “lugar de la mirada”, un “foco de atención”—. Tal espacio, para Luhmann, es el “mundo”, el cual posee cualidades formales, en concordancia con su definición también formal del sentido como una diferencia (entre la actualidad y la potencialidad).

En cuanto a Giddens, se trata del manejo reflexivo a través del saber mutuo de situaciones cotidianas, que articulan la irreversibilidad de la agencia (su capacidad de transformación) y la reversibilidad institucional (recursividad sostenida en una “seguridad ontológica” dada por sentada y en la rutinización de la agencia moderna). En Bourdieu, sus análisis de las prácticas ordinarias y banales de los más diversos espacios sociales se conjugan con la importancia que le otorga el autor a las “primeras experiencias”, a la vida cotidiana familiar, para la conformación del sentido práctico que opera como una “herencia” en los distintos espacios sociales. Respecto de Habermas, el mundo de la vida es fundamentalmente cotidiano, al igual que el habla sobre el cual se sustentan los criterios de validez para los acuerdos comunicativos, más allá de las patologías que implican la especialización cultural y la colonización de las lógicas sistémicas sobre tal mundo de la vida. Por último, en Luhmann, el

mundo formal como espacio de operaciones y observaciones de los sistemas que operan en el medio del sentido supone una paradójica unidad, inobservable, de la actualidad de las selecciones de los sistemas y la potencialidad de las posibilidades latentes de las dimensiones del sentido (pasadas o futuras, del sistema o del entorno, de *ego* o de *alter*). En su perspectiva, esto se vincula a una falta de importancia de los sistemas de interacción para la sociedad moderna, en detrimento de las organizaciones y los medios de comunicación simbólicamente generalizados (el dinero, el poder, la verdad, el amor, etc.) que permiten la diferenciación funcional.

En este contexto, el problema de las clasificaciones sociales resulta nodal para el debate acerca de la vida cotidiana como dimensión relevante o irrelevante del análisis sociológico. Los modos de clasificación social se insertan, justamente, entre lo implícito y lo explícito: entre las características implícitas del sentido y las formas explícitas que adoptan los discursos y símbolos. Las maneras de dividir y valorizar el mundo impregnan tanto el trasfondo como la puesta en escena de las relaciones sociales, en las cuales se destacan aquellas del mundo cotidiano y formal, que atraviesan también a los discursos sociológicos. Así, para estos cuatro autores, la sociología debe volverse reflexiva respecto de los modos a través de los cuales ella misma tipifica, distingue, codifica, taxonomiza, evalúa, o pretende transformar a otras clasificaciones sociales.

Según Bourdieu (Martínez, 2007), para comprender las clasificaciones sociales, se debe aunar un análisis de los esquemas perceptivos, apreciativos y de acción cotidianos con las taxonomías que generan analogías y homologías entre el mundo natural y social. Así, se estudian las formas de actuar en el mundo, de comprenderlo y legitimar las jerarquías y posiciones de los espacios sociales, es decir, los modos de dominación social. En este marco, la necesaria reflexividad de la sociología se sustenta en la objetivación de las clasificaciones sociales objetivadoras de las que ella misma hace uso, las cuales muchas de las veces reproducen la *doxa* social, y por ende, las relaciones de dominación. Se trata de explicitar reflexivamente los “efectos de teoría” de la sociología, esto es, sus reclasificaciones sobre el mundo social, a partir de sus propias lógicas, en un juego de develamiento y transformación del mundo práctico social.

Para Giddens (Kaspersen, 2000), los *stocks* de saber mutuo habilitan a los modos de aplicar reglas (informales y formales) y esquemas interpretativos, distribuidos de forma desigual, los cuales permiten interpretar y (re)clasificar el mundo social de forma diestra y práctica. Al

poner en juego este saber mutuo en los procesos de constitución de la sociedad, por ejemplo, en la rutinización práctica de la vida cotidiana, se estructuran sendas espacio-temporales que regionalizan la sociedad, a partir de distintos atributos, visibilidades e invisibilidades para cada una de estas regiones. En el contexto de la relación entre el *know how* de la agencia reflexiva y el *talk about* de la racionalización, la sociología plasma una doble hermenéutica: mantiene una postura crítica frente a las creencias falibles implícitas y explícitas de los agentes, que legitiman la distribución asimétrica de los recursos simbólicos y materiales. No obstante, esta dinámica no es lineal: la reclasificación sociológica es retomada y reclasificada por los propios agentes, con consecuencias no previsibles para la sociología misma.

En la perspectiva de Habermas (McCarthy, 1987), se observa una proliferación de clasificaciones y tipologías que le permite desplegar su teoría acerca del mundo de la vida y el sistema en la sociedad moderna —entre tipos de acción y racionalidades (comunicativa o estratégica), ámbitos y formas de coordinación social distintivos (la vida cotidiana o las lógicas sistémicas), o estructuras del mundo de la vida (con sus criterios de validez con pretensiones universales)—. Habermas propone la mediación entre sus propias clasificaciones y tipologías, las cuales según él emergen de la sociedad misma, en particular, de la vida cotidiana. Tal emergencia se da en el marco de un proceso de racionalización del mundo de la vida y sus representaciones. Entonces, esto supone una correspondencia entre las clasificaciones propuestas por su teoría y las propias clasificaciones sociales puestas en juego en los consensos alcanzados comunicativamente, o por el contrario, la necesaria impugnación de los procesos patológicos de la modernidad.

Por último, desde la mirada de Luhmann (Blanco Rivero, 2012), las clasificaciones sociales deben analizarse desde los conceptos de “esquematismos”, propios de las operaciones de comunicación, y de “observación”, a partir de la distinción de una forma, de la cual se puede indicar (observar) un solo lado. Esto implica, por una parte, la existencia de una paradoja en toda clasificación en y sobre el mundo con sentido, no sólo del mundo cotidiano, ya que es imposible observar la unidad de su forma. Esto conlleva a la construcción de fórmulas imaginarias totalizantes auto-descriptivas de ese mundo, que condensan sentido (en especial, como memoria de otras potencialidades). Por otra parte, en términos operativos, los sistemas sociales suelen codificar sus comunicaciones, lo cual permite establecer una lógica binaria y asimetrizar positivamente un lado (por ejemplo, en el lenguaje, se presiona más al “sí” que al “no”, esto es, a aceptar la comunicación previa). En la sociedad moderna funcionalmente

diferenciada, cada sistema produce sus propios esquematismos (con sus medios de comunicación simbólicamente generalizados) y sus propias auto-observaciones, las teorías de reflexión, en las cuales los sistemas de interacción cotidianos no resultan fundamentales. En esa línea, para el autor, al operar dentro del sistema ciencia con sus propias codificaciones, la sociología observa estas observaciones, las “reclasifica” con sus propios códigos. Sin embargo, debe abstenerse de desplegar una potencialidad crítica de esas reclasificaciones, ya que se focaliza en los modos en que cada sistema efectivamente observa sus operaciones, y no en aquellos que “debería” o “podría haber” observado y operado.

En conclusión, desde la dimensión de la vida cotidiana, la división entre las distintas perspectivas que propusieron para la teoría sociológica un “giro del sentido” se revela bajo un camino analítico distinto a la discusión sobre la importancia o no de la acción. El carácter espacial metafórico del sentido también implica un espacio de observación, una “localización”, en el cual observar el carácter elusivo y tácito del sentido. Allí, considero que emerge un doble juego entre la vida cotidiana como espacio privilegiado de análisis del sentido y la posibilidad de una reclasificación transformadora de esa vida cotidiana (o al menos su puesta en cuestión). Por el contrario, tanto por sus presupuestos como por su diagnóstico de la modernidad, Luhmann se inclina por un camino de consecuencias teóricas divergentes, a partir de un espacio de observación paradójico del mundo formal y la pérdida de relevancia de los sistemas de interacción para la modernidad. Esto supone un cierre de las reclasificaciones sociológicas sobre sí mismas, lo cual implica limitar el despliegue del carácter también potencial de esas reclasificaciones sociológicas.

Bibliografía

- Bialakowsky, A. (2014). *El problema del sentido y las representaciones en la teoría sociológica contemporánea. Un análisis comparativo: las perspectivas de Bourdieu, Giddens, Habermas y Luhmann*. Buenos Aires: Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires. Tesis doctoral.
- Blanco Rivero, J. J. (2012), “Hacia una teoría operativa del significado”, *Ariadna histórica. Lenguajes, conceptos, metáforas*, 1: 41-79.
- Bourdieu, P. (2007), *El sentido práctico*, Siglo XXI, Buenos Aires.
- Crook, S. (1998), “Minotaurs and other monsters: ‘everyday life’ in recent social theory”, *Sociology*, 32(3): 523-540.
- Giddens, A. (1998), *La constitución de la sociedad*, Amorrortu, Buenos Aires.
- Goffman, E. (1989), *La presentación de la persona en la vida cotidiana*, Amorrortu, Buenos Aires.
- Habermas, J. (2010), *Teoría de la acción comunicativa. Tomos I y II*, Trotta, Madrid.

- Kaspersen, L. (2000), *Anthony Giddens. An introduction to a social theorist*, Blackwell, Oxford.
- Luhmann, N. (2007), *La sociedad de la sociedad*, Herder, México.
- McCarthy, T. (1987), *La teoría crítica de Jürgen Habermas*, Tecnos, Madrid.
- Martínez, A. (2007), *Pierre Bourdieu. Razones y lecciones de una práctica sociológica*, Manantial, Buenos Aires.
- Silber, I. (1995), “Space, fields, boundaries: The rise of spatial metaphors in contemporary sociological theory”, *Social Research*, 62(2): 323–55.